

NOVELA ROMÁNTICO/ERÓTICA CAMR



*Tan sólo les une un
día de lluvia*

MELISA VARADO Y FRANÇOIS GIRAUD

El miedo es algo que se instala en el cuerpo y del que es muy difícil desprenderse.

Enfrentarse a situaciones difíciles sólo es fácil si lo haces desde la seguridad y la confianza en ti mismo, algo que se logra con el amor y el cuidado que te procesan quienes te aman.

Entre dos niños que se enfrentan a un peligro, el que se siente seguro lo evitara porque no le gusta la sensación y el que se siente inseguro huirá atemorizado porque se cree incapaz de afrontarlo.

Episodio 1

Llovía como en un diluvio universal. No quería refugiarme en ningún lado porque ya estaba muy mojada y sentía mucho frío. Lo único que me hacía dejar de temblar, era correr. Cuando giré la esquina, me topé con él. Lo tenía a cinco centímetros de distancia. Las gotas resbalaban por su pelo, su cara y surcaban sus labios sonrosados que me quedaban a la altura de mis ojos. Nos separamos un poco. Él susurró un “disculpa” casi ininteligible, pero su mirada se mantuvo firme en la mía. La camisa un poco abierta en el pecho y las mangas algo arremangadas me distrajeron. Fue sólo un momento, pero aquella mirada, me acompañó en mis sueños todas las noches durante una semana. Cada noche a las tres de la madrugada, me despertaba

después de haber disfrutado de un intenso orgasmo. Sólo recordaba sus ojos sobre mí, el placer que continuaba algunos segundos más mientras apretaba mis muslos, y mi respiración agitada.

Cada día, volvía a pasar por aquella misma esquina al regresar a mi casa. Con cada paso que daba hacia ella, mi corazón se aceleraba. Sentía una gran emoción con solo imaginar poder volverme a cruzar en el mismo lugar con aquel magnífico amante de mis sueños. Nunca volvió a repetirse el encuentro. Poco a poco me fui olvidando de él y dejé de soñarlo.

...

Episodio 2

Mi empresa ha reservado para esta noche, una mesa para veinte, en un restaurante de lujo.

Me he puesto un vestido negro, con pequeñas lentejuelas en la parte superior y charlo animadamente con mis compañeros.

Los tres jefes que lideran las diferentes áreas, se han sentado juntos, pero ríen y bromean con todo el mundo. Uno de ellos, Gabriel, es un hombre con mucha iniciativa que suele tratarme con favoritismo. María, su secretaria y lo más parecido a una amiga que he podido conseguir en el trabajo, siempre me dice que anda loco por mí pero que seguramente no se atreve a seducirme por miedo a que lo denuncie por acoso laboral.

Acaban de traernos el primer plato cuando la mesa de al lado, una grande parecida a la nuestra, se va ocupando por lo que parece la plantilla de otra empresa celebrando también la cena de Navidad. Es el restaurante elegido por las compañías, ya que forma parte de un hotel de lujo y una gran sala de convenciones en la que se suelen celebrar ruedas de prensa.

Cuando me fijo en el hombre que se sienta en último lugar presidiendo la mesa, justo enfrente de mí, creo que voy a desmayarme. Mi corazón empieza a latir a toda velocidad. Noto como mi cara palidece y un rayo helado me recorre de la cabeza a los pies. Después, un fogoso calor vuelve a resucitarme y mis mejillas deben estar sonrojándose porque noto como si puro fuego brotara de ellas. Me quedo por unos segundos

mirándole atónita y él, al mismo tiempo, también se fija en mí.

Estaba comentándole algo al hombre que se sienta a su derecha, pero no acaba la frase, se detiene para observarme fijamente a los ojos y la continua a los pocos segundos, sin lograr evitar el extrañado gesto de su interlocutor que le mira a él y después a mí.

Me dedica varias de esas miradas durante la velada. María intenta averiguar qué me pasa porque me nota distraída y yo no puedo más que decirle que estoy intentando recordar si le había dejado comida a mi gata. Es la primera estupidez que se me pasa por la cabeza.

Nuestras miradas se cruzan continuamente y mi corazón no para de latir a toda velocidad. Más aún, cuando se disculpa con el hombre

de su lado, se levanta sin apartar su mirada de mí y viene directo.

Intento disimular, bajo la mirada...
Me muero de vergüenza al pensar lo que puede decirme delante de todos mis compañeros y jefes, pero él no cambia el rumbo. Se acerca y yo estoy tan tensa que mi cuello se mueve al estilo de un robot oxidado, intentando disimular y mirar hacia otro lado.

Cuando llega a mi lado, se agacha a la altura de mi oreja y sin levantar la voz, me comenta:

-Después de la cena, hemos quedado para ir a tomar una copa a la discoteca del hotel, ¿crees que podrías apuntarte?

Noto el cosquilleo de sus palabras. Su aliento hace mover un pequeño tirabuzón de mi pelo y siento su aroma. Levanto la mirada porque es